

CASI UN LIBRO COMO CUALQUIER OTRO

Toda historia que pretende ser contada merece tener una breve explicación de cómo llegó a ser lo que es. Ésta es la historia de un libro. Un libro casi como cualquier otro.

Carlos lo encontró, de casualidad, en una plaza dos días atrás. Lo raro es que estaba absolutamente manchado de humedad. Y como sabemos, la humedad dobla el papel. A Carlos le llamó la atención que este libro estuviera allí, cerca de la basura. Si bien no era muy amante de los libros, menos de los que están viejos y sucios, sabía que ese no era un buen lugar para un libro.

Lo empezó a hojear lentamente, había partes que ya eran ilegibles, pero en las legibles se detuvo para saber de qué se trataba, era un libro de cuentos. Una antología de cuentos. A los escritores no los conocía, nunca los había escuchado nombrar. Pero había una anotación extraña en el inicio del libro, en la primera página estaba escrita una dirección.

Sorprendido, fantaseó con que allí podría haber una respuesta, alguien que supiera por qué se hallaba en la basura.

Si bien, en ese momento no le interesó demasiado saber, decidió llevarlo a su casa. Ese mismo día, luego de pasar toda la tarde haciendo cuentas y balances económicos, volvió al libro.

Ya el primer párrafo del prólogo comenzaba con un comentario excepcional: “sepan que este libro tiene vida. Es la continuidad de varias vidas rescatadas de las sombras”.

También supo por el mismo prólogo, que esos cuentos habían sido escritos por varios vecinos de un barrio que Carlos no tenía idea que existía. Y otra extrañeza era que ese libro, hacía más de treinta años que había sido publicado.

Sin tener ninguna explicación para su conducta, decidió ir a esa dirección que estaba en el inicio del libro anotada con tinta roja, y que por la humedad era poco legible, pero que era deducible. A veces la conducta de alguien no se explica por sus hábitos, se explica por acciones que sorprenden. Y Carlos se sintió sorprendido al ir hasta ese lugar.

Al tocar el timbre, lo atendió una mujer, como de ochenta años. Doña Encarnación –así se llamaba la señora- le preguntó qué quería. Carlos, sin ninguna respuesta más que con el libro en la mano, respondió que lo había encontrado en la plaza con esa dirección anotada.

Doña Encarnación, miró el libro y se largó a llorar, casi sin consuelo y con profunda tristeza, le preguntó por qué lo tenía él. Carlos no supo qué decir, solamente que lo había encontrado y que tenía la anotación de la dirección de la casa.

Doña Encarnación lo hizo pasar, le convidó un café y le contó la historia de ese libro.

Ese libro lo había recibido de regalo su hija, de la madre de una amiga. Esta amiga a su vez, lo había ocultado muchos años en una bolsa de nailon, bajo tierra en un hondo y oscuro pozo. Doña Encarnación, le aclaró a su vez, que ella no supo más nada de la amiga de su hija, pero que un día, la

mamá de esta chica apareció en su casa con el libro comentándole que, revolviendo la tierra del jardín, lo había encontrado...

Mi hija -dijo Doña Encarnación- estuvo un largo tiempo, con este libro en su mesita de luz, muchos días se pasaba leyéndolo, lo miraba detenidamente. Yo nunca le pregunté nada, pero me daba cuenta de que ese libro constituía una fuente de recuerdos para ella. En una oportunidad, mi hija salió de viaje... -seguía comentando doña Encarnación-, y se llevó el libro entre sus papeles. En ese viaje ella tuvo un accidente y murió. Entre los restos de las cosas que me devolvieron de ella, vino el libro.

Yo lo guardé -continuó diciendo la viejita, entre lágrimas y algunos llantos...- yo lo guardé en una caja que teníamos aquí. Pero la semana pasada, entraron a robar y, entre las pocas cosas que alcanzaron a llevarse, una de ellas fue esa caja plateada cerrada por un candado, supongo que los ladrones habrán pensado que allí guardábamos dinero. Pero no... guardábamos algo más valioso para nosotros, guardábamos este libro, el libro que Roxana, así era el nombre de mi hija -aclaró la señora- quería con toda su alma.

Carlos, después que Doña Encarnación terminó de relatar la historia, tragó saliva, respiró hondo, y con la congoja del momento, le devolvió el libro, le dio un gran abrazo. Y se fue.